



SANTIAGO GAMBOA



**Antología personal
(Fragmentos)**

**El síndrome de Ulises, Una casa en Bogotá
y Volver al oscuro valle**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Carolina Domínguez
Voz Viva



VVAL - 45

Primera edición en CD, agosto 2017

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2745-7

ISBN 978-607-30-0871-6

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."
Impreso y hecho en México.

SANTIAGO GAMBOA

—••••—
**Antología personal
(Fragmentos)**

**El síndrome de Ulises, Una casa en Bogotá
y Volver al oscuro valle**

Presentación
Adriana Cortés Koloffon



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Santiago Gamboa. De origen colombiano, estudió literatura en la Universidad Javeriana de Bogotá y Filología hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Después se trasladó a París, donde estudió Literatura cubana en la Universidad de La Sorbona y trabajó como periodista en el Servicio América Latina de Radio Francia Internacional. Ha colaborado en revistas como *Gatopardo*, *Planeta Humano*, *GQ*, *Perfiles* y *SOHO*. Es autor, entre otras novelas, de *Páginas de vuelta*, *Perder es cuestión de método*, *Los impostores*, traducida a dieciséis idiomas, *El síndrome de Ulises*, obra finalista del premio Rómulo Gallegos 2007 que además obtuvo el V Premio de novela La Otra Orilla, y *Volver al oscuro valle*. En 2014 obtuvo el Premio Coup de Coeur 2014 de Revue Transfuge (París) a *Prieres nocturnes*.



Fotografía: Julio Candelaria.

Adriana Cortés Koloffon. Estudió el doctorado en Literatura iberoamericana en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue becaria del Conacyt y del gobierno de Francia para cursar estudios de periodismo en París. Pertenece a la Asociación Internacional de Hispanistas. Ha colaborado en noticiarios culturales televisivos y en diversas publicaciones periódicas, entre otras *El Ángel de Reforma*, *El Financiero* y *Siempre*. Actualmente colabora en *La Jornada Semanal* y es jefa de actividades literarias de la Dirección de Literatura de la UNAM. Autora de *Zona cero, entrevistas con escritores* (UNAM, 2012) y *Cósmica y cosmética, pliegues de la alegoría en sor Juana y Pedro Calderón de la Barca* (Iberoamericana/Vervuert/Universidad de Navarra/ Universidad de El Claustro de Sor Juana, Madrid-Frankfurt, 2013).



CONTENIDO

PRESENTACIÓN

La narrativa extraterritorializada de Santiago Gamboa

Entrevista por Adriana Cortés Koloffon 9

DE *EL SÍNDROME DE ULISES*

PARTE I

HISTORIAS DE FANTASMAS

(I, II) 17

DE *UNA CASA EN BOGOTÁ*

I. LA CASA 39

II. EL TRASTEIO 47



DE *VOLVER AL OSCURO VALLE*

(FRAGMENTO INICIAL)

(I, II)

57



Presentación

La narrativa extraterritorializada de Santiago Gamboa

Entrevista por Adriana Cortés Koloffon

El síndrome de Ulises (finalista del Premio Rómulo Gallegos, 2007; finalista al Premio Médicis a la mejor novela extranjera en Francia, 2007; Premio Casino de Povoá 2008 en Portugal) y *Necrópolis* (Premio La Otra Orilla, 2009), acaso las novelas más ambiciosas de Santiago Gamboa (Bogotá, 1965) tienen vasos comunicantes: sus personajes son inmigrantes del Tercer Mundo que se trasladan a otros países en la búsqueda de mejores condiciones de vida.

Autor de *Páginas de vuelta*, *Perder es cuestión de método*, *Los impostores* y *Volver al oscuro valle*, entre otras novelas traducidas a más de dieciséis idiomas, Santiago Gamboa estudió literatura en París y Colombia, su país natal. Trabajó como periodista en el Servicio América Latina de Radio Francia Internacional. Ha colaborado en revistas como *Gatopardo*, *Perfiles* y *SOHO* y ha sido diplomático en la Delegación de Colombia ante la



UNESCO y en la embajada de Colombia en India. Su obra ha recibido los mejores comentarios de la crítica internacional.

- ¿Por qué trata en sus novelas el tema de los inmigrantes del Tercer Mundo que llegan al Primero “por la puerta trasera”, como dice el narrador en *El síndrome de Ulises*?

Creo que ellos son los Ulises del siglo XX y XXI. Son los grandes aventureros, los que luchan contra Polifemo y Circe. Veo en ellos una gran aventura humana. Hacen lo que todo hombre de bien ha hecho siempre desde el inicio de la historia: tratar de mejorar las condiciones de vida de los suyos.

- ¿Qué aprendió en París?

Muchas cosas. París es una escuela militar en donde uno aprende la vida a las patadas. Aprende la dureza, la frialdad, la inhumanidad. En París, en medio de esa crueldad, uno pierde, como dice el poeta, “los últimos ángeles de la infancia”. También aprende algo de la belleza, por sus museos y galerías, pero en realidad esto es algo que deja de percibirse pronto. Quienes



llegan nadando en la abundancia son quienes dicen que es una ciudad “bella” e “incomparable”. Puede que lo sea, pero eso a mí no me tocó. Cuando fui en mejores condiciones descubrí que la herida anterior era demasiado grande. Para intentar cerrar esa herida escribí *El Síndrome de Ulises*.

- En *El síndrome de Ulises* y en *Necrópolis* hay historias dentro de otras historias y relatos testimoniales. ¿Le interesa la literatura oral?

Me interesa todo lo oral. El discurso enloquecido y furibundo de Thomas Bernhard, la potente voz de Céline o de Miller. Creo que esa literatura es la que mejor se acerca al ser humano, que es lo que los escritores debemos observar, escudriñar, comprender.

- En *El síndrome de Ulises*, el estudiante marroquí se refiere al límite que debe tener la relación con los libros. ¿Cuál considera que es ese límite?

Cualquier relación con los libros es agradable. Yo soy lector compulsivo y he logrado no perder la inocencia de la lectura. Creo que esto es una ventaja. Las facultades de literatura pueden producir una idea equivocada,



y es que saber mucho de literatura sea el primer paso para convertirse en buen escritor. Esto no siempre es cierto. Puede incluso ser al revés: saber mucho te puede impedir, bloquear, pues puedes llegar a creer que la explicación teórica de un libro es el libro. Pero cada escritor es el primer escritor y cada uno, de algún modo, se inventa la literatura.

•¿Por qué tanto sexo en sus novelas? ¿Responde a fines comerciales?

Porque el sexo es importante para mis personajes. En realidad lo es para todo el mundo. Por cierto: no creo que un libro con sexo se venda más, a no ser que se trate de un libro donde sólo haya sexo. Creo, modestamente, que mis libros no pertenecen a esa categoría.

•¿Cree que pueda hablarse de una literatura desterritorializada escrita desde el margen, en cualquier sentido: el exilio, autoexilio, por ejemplo) como literatura innovadora?

Es difícil que haya algo nuevo en literatura. La extraterritorialidad es algo muy común en la literatura anglosajona y en cierta medida también en



la francesa. Lo que pasa es que en América Latina ya se logró romper la idea de que el mexicano tenía la obligación de explicar México y sólo México, y el colombiano Colombia, y así. Esto fue una imposición de Europa, que gustaba de leer libros de latinoamericanos antes de ir de viaje para conocer un poco más los países y sus gentes. Pero los límites de lo posible en la escritura latinoamericana se han ampliado pues no se escribe para Europa sino, en primera instancia, para el propio lector en lengua española del mismo modo que la literatura francesa no se escribe para ser leída en Inglaterra.

•¿Qué piensa de la actual literatura escrita en Marruecos o por los marroquíes radicados en Francia? ¿Han influido en su obra?

Poco. No ha habido grandes cambios y podemos decir que Tahar Ben Jelloun sigue siendo el gran faro de esa literatura, aunque no estoy seguro de que sea el mejor.

•¿Qué puede decir sobre el narrador como detective, tanto en *El síndrome de Ulises*, como en *Necrópolis*?



Es una argucia literaria. El lector debe encontrar motivos para seguir adelante en la lectura y uno de los principales es la curiosidad. La gran enseñanza de la novela negra es eso: la curiosidad. Pero esto no es un invento exclusivo de la novela negra. Ya está en *Edipo Rey*.

•¿Y sobre el entorno apocalíptico en estos dos libros?

Bueno, el mundo está cambiando de piel, y eso siempre genera una percepción apocalíptica. Puede que sólo sea mi mundo, claro, pero es de ese modo como lo percibo.

En la página 420 de *Necrópolis* dice un personaje: “Todos los que escribimos deberíamos hacerlo de ese modo: como si nuestras palabras fueran para un piloto que lucha solo, en medio de la noche, contra una violenta tempestad”. ¿Piensa lo mismo? ¿Por qué?

Porque creo en la literatura que es una apuesta estética fuerte y decidida, que nos rapta y nos ayuda a comprender el mundo, la vida, la muerte, las cosas importantes. No sé si logro escribirla, eso lo juzgarán los lectores, pero es la literatura que anhelo como escritor y la que busco como lector.



- El *Boom*: ¿parricidio o retomar lo mejor de él?

Insisto en lo que dije antes: cada escritor es el primer escritor. Cada uno debe volver a inventar la rueda y el fuego. Su rueda y su fuego. Es bueno no perder de vista al *Boom*, pues ellos, cada uno, inventaron un mundo complejo y total.





DE *EL SÍNDROME DE ULISES*

PARTE I

HISTORIAS DE FANTASMAS

I

Por esa época la vida no me sonreía. Más bien hacía muecas, como si algo le provocara risa nerviosa. Era el inicio de los años noventa. Me encontraba en París, ciudad voluptuosa y llena de gente próspera, aunque ése no fuera mi caso. Lejos de serlo. Los que habíamos llegado por la puerta de atrás, sorteando las basuras, vivíamos mucho peor que los insectos y las ratas. No había nada, o casi nada, para nosotros, y por eso nos alimentábamos de absurdos deseos. Todas nuestras frases empezaban así: “Cuando sea...” Un peruano del comedor universitario dijo un día: cuando sea rico dejaré de hablarles. Poco después lo sorprendieron robando en un supermercado y fue arrestado. Había hecho todo bien, pero al llegar a la caja la empleada lo miró y pegó un grito de horror (podría calificarlo de “cinematográfico”), pues del pelo le escurrían densas gotas rojas. Se había escondido dos



bandejas de filetes debajo de la capucha de su impermeable, pero dejó pasar mucho tiempo y la sangre atravesó el plástico. A partir de ese día cambió su frase: cuando sea rico nadaré en sangre fresca. Luego supe que lo habían recluido en un psiquiátrico y jamás lo volví a ver.

En mis bolsillos había poco que buscar (nada tintineaba) y por eso debí alquilar un cuarto de nueve metros cuadrados, sin vista a la calle, en los altos de un edificio de la rue Dulud, circunscripción de Neully-Sur-Seine, un barrio lleno de familias ricas y judías, automóviles elegantes, tiendas caras. Por cierto que cuando uno es pobre es muy malo rodearse de gente rica. No lo recomiendo. No trae buena suerte y genera un sabor amargo en la boca, nada bueno para la salud. Cuando uno es pobre es mejor estar rodeado de pobres. Créanme.

Pero ése no era mi único problema, pues Victoria, el gran amor de mi vida, había dejado de serlo (yo el suyo, en realidad), y por eso mi estómago sufría permanentes contracciones. Esto, unido a la poca y mala comida —carne con alverjas en lata a seis francos y esas cosas—, generó una gastritis que acabó por despertar mi antigua úlcera. Mucho dolor físico



que hacía olvidar el otro, el que podríamos llamar espiritual o del alma. En suma, dolor por todas partes. Los días eran un hueso duro de tragar, algo de muy mal sabor, así que por las mañanas debía encontrar buenos motivos para salir al frío de la calle, pues el invierno del año noventa fue uno de los más duros. Dolor, frío y desamor. El cóctel perfecto para no sobrevivir. Pero mis caminos estaban cerrados, ya que no iba a regresar a Bogotá. No por nada en especial o por nada muy original, pero así lo había decidido. Esa ciudad era un excelente refugio, pero entre medias estaba mi vida. ¿Qué hacer con ella? Alguien tenía que vivirla, o al menos intentarlo, así que debía continuar, y continuar solo, todo lo lejos que fuera posible. Aún no estaba muy golpeado y mis mejillas, a pesar del frío, parecían saludables. Podía aguantar un poco más. Cualquier cosa es soportable si uno puede ponerle fin, como piensan los suicidas. No sabía cuántos golpes podía soportar y estaba dispuesto a averiguarlo. Y así lo hice.

Salir a la calle, qué aventura.

No he conocido nunca a nadie que sepa dónde está la rue Dulud, esa insignificante calle de la circunscripción de Neully-Sur-Seine. Es una



paralela al Bois de Boulogne del lado de la avenida Charles de Gaulle, un lugar sin comercios ni avisos de neón. Sólo los muros grises de los edificios y una panadería en la esquina que se llama *Le four de Boulogne*. Es una calle fría y algo triste, habitada por familias burguesas que miran con nerviosismo si alguien llega a cruzarse en su camino, pues por ahí todo el mundo va en carro.

Mi cuenta bancaria, abierta hacía dos meses con la suma exacta de 3.600 francos en el Credit Lyonnais del Boulevard Montparnasse, estaba francamente mal. Ya sólo quedaban 875 y no parecía haber modo de que esa maldita cifra aumentara. Había conseguido unas clases de español en una academia por las que me pagaban poco, exactamente 85 francos la hora, así que debía lograr al menos 20 al mes para el alquiler, que era de 1.200 francos. Y ahí estaba el problema, pues el trabajo había que dividirlo con otros profesores tan muertos de hambre como yo, lo que nos dejaba muy poco. Uno de ellos era un argentino de setenta años, novelista, crítico de cine y exitoso autor teatral en Buenos Aires (eso nos decía). Por pudor no diré su nombre, pero les aseguro que era dramático verlo por los corredores



con una bala de oxígeno portátil, respirando a través de un cable que se insertaba en sus fosas nasales. Como buen porteño siempre se vestía muy elegante y usaba sombrero, pero al fondo la realidad era la misma, y era la de ser un profesor muerto de hambre. Otro de los colegas era un sociólogo chileno que escribía una tesis doctoral sobre el socialista Luis Emilio Recabarren, un hombre obeso (el sociólogo) y triste que parecía arrastrar el dolor del mundo y que lamentaba sobre todas las cosas haber dejado de fumar, pues su cuerpo se había hinchado. Era extraño que un hombre tan gordo pudiera ser pobre. Los demás profesores eran tan marginales como nosotros, y en las discusiones lingüísticas que ofrecíamos a los alumnos cada tanto, cuando se hacían “seminarios” sobre las diferentes modalidades del habla hispana, la desproporción entre los alumnos ricos y nosotros, con chaquetas remendadas y la piel amarilla, era bastante patética.

La academia se llamaba *Langues dans le monde* y quedaba en la rue Tilsitt, no lejos de mi casa. Yo estaba muy feliz de tener ese trabajo, aun si por ser nuevo me daban los peores horarios. Por ejemplo de siete a ocho de la mañana con Monsieur Giraud, un alto directivo de la petrolera



francesa. Total que iba a ser trasladado a las oficinas de Caracas, alguien terriblemente serio, con cara de albergar terribles sospechas sobre mi estatuto de profesor. Hay que tener hambre para levantarse a las seis de la mañana y salir de la casa por 85 francos. El resto del tiempo eran horas muertas, pues por lo general la siguiente clase era a las cinco de la tarde, otra vez de una sola hora. Como si esto fuera poco había que vestirse bien, llevar camisa limpia y pantalones planchados. Mi plancha eléctrica traída de Bogotá tenía un enchufe diferente y debía comprarle un adaptador que costaba 30 francos, el presupuesto de un día. Toda mi ropa estaba en una maleta, pues la habitación no tenía armario.

Salir, qué aventura.

A las seis de la mañana la bruma se levantaba del suelo y una llovizna empezaba a calar los huesos. El frío era tal que a la segunda esquina la mandíbula se atascaba y justo ahí empezaba lo más difícil, que era atravesar el Bois de Boulogne para ir hasta la piscina pública de la Universidad Paris-Dauphine, donde estaban las duchas. Por cierto que una de las primeras veces que atravesé el bosque presencié algo inquietante. Un mendigo había



muerto de frío durante la noche y, al pasar por ahí, encontré a un grupo de socorristas levantando su cadáver. Pero hubo un inconveniente y fue que al rodar al suelo (en el momento de la muerte) la mano izquierda del hombre quedó hundida en un charco de agua, y éste, al bajar la temperatura, se congeló. Recuerdo el ruido de un estilete rompiendo el hielo alrededor de la mano. La mano atrapada en el hielo que les impedía alzarlo. Me alejé pensando que la mano, por la congelación, podría aún estar viva, y la verdad fue que varias veces soñé con ella.

El abono trimestral de la piscina había sido una importante inversión de mi parte, pues costaba 120 francos, pero una ducha caliente cada día era lo único que podía devolverme a la vida. Y para allá me iba, tiritando como un fantasma entre la niebla. Al llegar al vestier, dejaba la ropa en un armario metálico y, gorro en mano, me paraba debajo de una de las regaderas, que funcionaban con un ahorrativo sistema retráctil. El agua se desconectaba al segundo minuto, así que para ducharse había que dejar la mano sobre el botón. Por tratarse de duchas mixtas, un funcionario de seguridad figoneaba constantemente para vigilar que nadie abusara de la presencia



de mujeres. Y en esto tenían razón, pues con el tiempo vi hombres que se les acercaban tanto que habrían podido tocarlas con la punta de la lengua. Cada vez que el guardia entraba había que concentrarse muchísimo en el aseo, lo que era gravoso, ya que sólo compraba champú y éste debía durar al menos dos semanas. Jamás un guardia me hizo comentario alguno por estar tanto tiempo bajo el agua, pero alguna vez me sentí observado. Y claro, yo también observé. Las estudiantes venían a nadar a esa hora, bellas jovencitas que se duchaban muy rápido y salían disparadas a sus clases. Yo, en cambio, me quedaba ahí. No nadaba, sólo iba a la ducha. No tenía ningún afán por regresar al frío y la llovizna de la calle.

En el bolsillo llevaba bien sujetas tres monedas de diez francos. Era mi exiguo presupuesto del día, lo justo para dos comidas calientes en el restaurante universitario de Mabillon, un café y unos cuantos cigarrillos. A veces compraba algún libro de segunda en ediciones de bolsillo que costaban diez francos, pero esto sólo los días en que salía a la calle, pues muchas veces prefería quedarme en la cama mascullando ideas, deshojando proyectos y maldiciendo no haber optado por otra ciudad, un lugar en el



que hiciera menos frío y donde la gente fuera menos dura. Como todos, yo debía encontrar mi lugar en el mundo, un pequeño rincón donde vivir sin demasiados sacrificios, pero mi búsqueda apenas había comenzado.

Y además estaba el tema de Victoria.

Había venido de visita, desde Madrid, pero antes de llegar me advirtió por teléfono: “Están pasando cosas, allá hablamos.” Luego dijo que venía leyendo *Anna Karenina*, de Tolstoi, así que supuse que preparaba una confesión. Y en efecto al llegar, luego de varios rodeos y algunas lágrimas, soltó la frase: “Hay otra persona”. Para evitarle la culpa dije que yo también había tenido un romance, y lo que sucedió a continuación fue, por decir lo menos, increíble: sus lágrimas se secaron y en sus ojos apareció una feroz mirada de odio. Me tiró un zapato a la cabeza, rompió los dos únicos platos y se fue al corredor dando un portazo. Pronto regresó arrepentida a decir que lo de ella era algo muy serio, y de cualquier modo nos perdonamos. Antes de irse me entregó 5.000 francos en billetes nuevos. Eran sus ahorros, el dinero que había reunido con el trabajo del verano.



—Es tuyo —me dijo—, lo necesitas más que yo.

Mi desesperada situación no me permitía rechazarlo.

—Apenas pueda te los devuelvo —le dije.

Y así quedamos. Pero se fue. La acompañé a la estación de trenes del sur, París-Austerlitz, y la vi irse con los ojos en lágrimas. Victoria lloraba y tal vez su llanto era sincero, pero yo estaba deshecho. Del otro lado, en Madrid, alguien la esperaba. Ambos lo sabíamos. Luego regresé al cuarto de Neully-Sur-Seine, pero antes de subir compré con su plata una botella de whisky. El mundo giraba y yo estaba solo, hundido en un hueco húmedo y pobre, así que encendí el radio, me senté en un rincón y abrí la botella. Bebí varios tragos hasta que me llené de calor. Entonces la imaginé en su vagón de segunda clase leyendo algunas páginas escritas por mí, y soñé que regresaba, que oía dos golpes en la puerta y, al abrir, era ella. Se había bajado del tren y estaba dispuesta a quedarse para siempre. Pero el silencio en el corredor era cada vez peor.

Muy pronto la botella se acabó, así que me puse la chaqueta para salir. Qué aventura. Llovía como llueve en esta maldita ciudad, sin que



uno acabe de notarlo, una llovizna que engaña y, cuando uno reacciona, ya está calado hasta los huesos. Tres cuadras más allá, cerca del Bois de Boulogne, encontré una tienda abierta. Un árabe, entre bostezos, me vendió una botella de whisky que destapé de inmediato. Luego fui hacia el bosque bebiendo a pico. Estaba muy oscuro. No sabía lo que buscaba y al caminar en la oscuridad descubrí una luz. Era el auto de una prostituta, una gorda de carnes blancas que exhibía su cuerpo detrás de un pesado abrigo. Esperaba clientes. Me quedé atrás dándole sorbos cada vez más largos a la botella. Muy pronto un auto se detuvo y un hombre se pasó al automóvil de la prostituta, que tenía instalada una cama en la parte trasera. Caminé hacia ellos sin hacer ruido. El tipo se bajó los pantalones y la mujer se lo chupó un rato, exagerando los gestos, hasta que él se puso sobre ella. El hombre disfrutaba y ella hacía su trabajo, pero yo, que los observaba de lejos, sentí algo distinto. Victoria viajaba en un tren hacia una ciudad lejana, y al pensarlo lloré con todas mis fuerzas, como si fuera la última noche de un hombre sobre la tierra. Y supe lo que era la orfandad. Luego el bosque se convirtió en algo hostil y decidí volver al cuarto. Tenía

los zapatos mojados. La luna, una esfera partida a la mitad, se reflejaba en todos los charcos.

II

La barriada de Gentilly, al sur de París, recién pasada la Cité Universitaire, es uno de los suburbios más tranquilos —al lado de otros tan conflictivos como Sarcelles o el mismo Villejuif— y se caracteriza, entre otras cosas, por estar repleto de colombianos.

Por esa razón, al llegar de Madrid, tomé un bus hasta la parada de la Ciudad Universitaria, crucé a pie el bulevar periférico y fui a dar allá, precisamente a Gentilly. Mi equipaje consistía en dos cosas de desigual peso: una maleta y un teléfono (me refiero a un número escrito en un papel), el de Rafael y Luz Amparo, dos refugiados políticos caleños que vivían en Francia desde 1982 y que había conocido un par de años antes. Al llegar a su casa ninguno de los dos estaba, pero pude subir. Me abrió un colombiano que venía a pintar donde ellos por las tardes, y que tras



darme la bienvenida continuó enfrascado en su trabajo, que consistía en reproducir al óleo el paisaje de una postal, un río con un pueblo al fondo y varios sampanes. Era una postal de Filipinas. Dijo que hacia las siete de la noche llegarían los dueños de casa, por si quería esperarlos.

La salida del país de Rafael y Luz Amparo fue sencilla y, en cierto modo, trágica: de la celda al aeropuerto por una amnistía que el gobierno de Turbay Ayala otorgó a los guerrilleros del M-19. Antes de viajar estuvieron tres años en la cárcel de El Barne, cerca de Tunja, y allí se casaron. Rafael fue detenido en el Salto del Tequendama tras una reunión clandestina de dirigentes regionales. Un soldado le disparó a quemarropa en la ingle pero él evitó lo peor y sólo le quedó una horrible cicatriz en el muslo, poca cosa al fin y al cabo. Luz Amparo cayó en Ecuador después de escapar por más de dos semanas. Sus últimos días en la guerrilla están llenos de balazos, humo y carreras. También de miedo. Cuando la apresaron un soldado le dijo que la había tenido en la mira pero que había decidido no disparar. ¿Por qué?, preguntó ella, y el respondió: “¿Qué sacaba yo matándola?”

Rafael y Luz Amparo se encontraron después de muchos meses en el aeropuerto de Bogotá. Cuando les quitaron las esposas, a las puertas del avión, se dieron un abrazo y fueron a sentarse agarrados de la mano. Eran libres, a condición de irse del país por el que habían luchado y por el que estuvieron a punto de morir. Se fueron sin ver antes Cali ni a sus familias, no pudieron despedirse de sus amigos ni tomarse una última lulada con pandebono en la Sexta, oyendo música y viendo pasar la gente. Nada de eso pudieron hacer Rafael y Luz Amparo y por eso sentían tanto dolor al hablar de Colombia. En las fiestas, con otros latinoamericanos, se entristecían escuchando la letra de *Todos vuelven*, de Rubén Blades. Rafael decía:

—Esta canción es para bailarla, pero también para oírla.

Entonces el salón se impregnaba de silencio, un silencio que quería decir muchas cosas sencillas: recordamos, seguimos siendo, estamos allá, nos esperan.

Yo podía volver a Colombia, pero no quería. Era diferente a ellos y por eso sólo con el tiempo fui aceptado como un igual. El mundo del exilio político es duro y tiene sus reglas: ¿cuántos años de cárcel pagó?, ¿cuántas

tomas de pueblos hizo?, ¿cuántos asaltos a la Caja Agraria, o a los cuarteles de policía, o a las farmacias regionales? El valor de cada uno estaba en el pasado, en lo ya hecho, pues allí, en Gentilly, en ese insulso presente que era todavía más opaco en la medida en que debía considerarse una gran fortuna, todos eran iguales, comandantes o combatientes rasos, dirigentes o guardianes, todos con el mismo pasaporte apátrida de Naciones Unidas y las mismas oportunidades a la hora de conseguir un trabajo en la OFPRA (Oficina Francesa para los Refugiados y Apátridas), que podía ser de limpieza de oficinas, mensajería, secretariado o estafeta de correos.

En lo que tampoco me parecía, por cierto, era en la situación económica. Mal que bien todos ellos, con el tiempo, la tenían resuelta a costa de grandes sacrificios. Con los francos contados pero ahí estaban, y eran muy generosos. Rafael y Luz Amparo me alojaron más de tres semanas. Tenían dos hijos pequeños y mi presencia era un verdadero estorbo, pero jamás lo hicieron sentir. Al contrario, parecían felices de ayudarme, pues sabían lo que costaba instalarse en París y por eso me daban su protección.

Pero todo era difícil.



Yo caminaba sin rumbo, aterido de frío, intentando soportar la llovizna, observando a la gente que entraba y salía de los restaurantes o a los que maldecían por el tráfico desde el interior de automóviles cómodos y bien caldeados; espiaba con envidia a los jóvenes que se daban cita en los bares para divertirse, tomar unos tragos y luego irse a la cama con alguien, dormir abrazado al cuerpo tibio de alguna estudiante. Esa vida era algo lejano, que había elegido no tener, por intentar esta aventura en París. Pero el resultado ni siquiera podía vislumbrarse. Cubierto con un abrigo de vago aspecto militar recorría los tablones de ofertas de trabajo de todos los centros sociales, iglesias y facultades universitarias. Eran papeles mecanografiados, fotocopias manoseadas, y al llamar a los números, ansioso, alguien hacía la siguiente pregunta, ¿y de dónde es usted?, tras lo cual escuchaba decir, “gracias por llamar”, y vuelta a los tablones, a la llovizna y al frío, las botas empapadas, el cuero con una capa de moho, una vaga sensación de ridículo a sabiendas de que a nadie más que a uno le importa, pues todos volvíamos a las papeletas de ofertas, bajando cada día el nivel de lo que creíamos poder aceptar, al principio *solamente* clases de



español pero una semana después ya estaba en los anuncios de “canguro” o *baby sitter*, y luego en los de enfermos y ancianos, o de locos, y al final en lo más ínfimo, y comprobar que el orgullo nos hizo llegar tarde, quienes lo decidieron antes ya cogieron lo mejor y ahora sólo quedan cosas realmente complicadas, no denigrantes, pues nada lo es cuando uno tiene necesidad, y para allá se va uno, con el teléfono de varios restaurantes o bares, con la ilusión de ser aceptado como *plongeur*, es decir lavador de platos, el que hunde los platos en el agua enjabonada, literalmente, y ver que en ese último escalón social también hay un titubeo de sospecha, ¿de dónde dijo que es usted?, y obtener luego, sin mucha simpatía, una cita para el día siguiente y encontrarse con que un empleado del restaurante lo estudia a uno de arriba abajo antes de llamar al gerente, o al responsable, y cuando éste se acerca no hay una mirada a los ojos o algo que quiera decir “es usted nuestro igual”, no, nada de eso, sólo una mano fría y un papel fotocopiado con los datos por llenar, el nombre y la nacionalidad, la fecha de nacimiento, y al terminar, con la camisa planchada, el mejor pantalón y los zapatos limpios, oye decir gracias, con esos datos es suficiente, cuando



haya algo lo llamaremos, y vuelta a la calle, a la llovizna y los vapores del Metro, de vuelta a la casa de Rafael y Luz Amparo que al verme abrir la puerta preguntaban, ¿qué tal?, y cuando negaba con la cabeza cambiaban de tema y me contaban algo o sencillamente callaban, ¿ya comiste?, y yo respondía sí, gracias, ya comí, y me iba a la cama con las tripas pegadas, pensando que nunca lograría salir a la lejana superficie.

Luego estaba lo de la universidad. La razón legal de mi estadía era un doctorado en la Sorbona, así que parte del tiempo lo dedicaba a esas clases. En realidad, mis esperanzas habían estado depositadas en eso, pues antes supuse que allí conocería gente, tendría amigos y grupos de estudio. Oh, sorpresa. Cuando comenzaron las clases me llevé una gran desilusión, pues no iba a tener más que cuatro horas por semana, dos el martes y dos el jueves, y tras la primera clase la desilusión fue peor, ya que en mi curso sólo había inscritas tres personas. Un señor bastante mayor, una mujer con aspecto psicótico y un joven árabe que parecía más perdido, más tímido y más desahuciado por la vida que el protagonista de *Hambre*, de Knut Hamsun. Las clases eran en español y el profesor, un chileno megalómano



(presumía de haber sido amigo de Julio Cortázar), gritaba como si en el aula hubiera 400 personas.

En una de las primeras clases el chileno preguntó qué era lo que en nuestra opinión rondaba en la atmósfera de no sé qué cuento de Onetti, o de Cortázar, no recuerdo bien. Entonces Salim —así se llamaba el árabe, que para la precisión era marroquí nacido en Oujda— levantó la mano y dijo:

—Es obvio, lo que ronda es el muerte.

Así dijo, “el muerte”, tal vez porque en árabe la muerte sea masculina o porque no sabía bien el español, o por los nervios, no sé, el caso es que lo dijo así, “el muerte”, y se sintió tan seguro de la respuesta que sus ojos brillaron por un segundo, sólo por un segundo, pues de inmediato el profesor levantó la voz con una mueca de desprecio, y dijo: “¡Se dice *la* muerte, joven! ¡*La* muerte!”, repitiéndolo muchas veces, riéndose, buscando la complicidad de quienes hablábamos bien el español —yo evité mirarlo pero sus ojos me atraparon y fui tan vil que sonreí—, para hacer aún más hiriente el error. Salim se hundió en su silla y jamás, en todo el año, volvió a abrir la boca; nunca su voz volvió a deambular por ese aire



enrarecido, el aire helado del aula, en el cuarto piso del edificio de París IV, rue de Gay-Lussac.

Poco después, al término de las clases, encontré al joven árabe en la calle. Hacía frío y lloviznaba. Entonces le propuse tomar algo y fuimos a un bar bastante maloliente y húmedo, pero muy barato. El más barato del barrio. Cuando el mesero se acercó pedí dos cervezas, pero Salim movió su dedo diciendo no, no, gracias, no quiero nada. Insistí diciendo que pagaría las dos bebidas pero él volvió a negar y dijo que era temprano, no podía beber nada hasta la noche pues hacía el ayuno sagrado del Ramadán. No pregunté más, sino que lo escuché hablar, interminablemente, y habló como si hubiera estado perdido o secuestrado, como si se hubiera despertado de una larga enfermedad y volviera a encontrar a un viejo amigo, con una alegría que delataba su soledad y su aislamiento, y lo escuché cerca de una hora, interrumpiéndolo apenas con gestos de sorpresa o asentimiento. Un rato después, no sé cuánto más, Salim consultó el reloj y se levantó de la silla

—Tengo que irme, amigo —dijo—. Ha sido usted muy amable. Nos veremos, si Dios quiere, el próximo jueves. Adiós.



Cruzó la calle y se dirigió a la estación del Metro rápido, el RER, y yo me lo quedé mirando por la ventana hasta perderlo de vista entre los carros, el gentío y la lluvia, sorprendido y algo avergonzado, y traté de imaginar ese apartamento de suburbio en Massy-Palaiseau, pequeño, de paredes desnudas o con alguna decoración del Corán, y a los siete primos y a la tía arrodillados en el salón haciendo el rezo preliminar, el que da fin al ayuno, y más tarde, ya en la noche, a Salim concentrado en su trabajo, escribiendo en una mesita y sosteniendo el libro abierto a su lado, interrogándose, intentando comprender.



DE *UNA CASA EN BOGOTÁ*

“HOUSES LIVE AND DIE”.

T. S. ELIOT

I. LA CASA

Pude comprar la casa de Chapinero gracias a un premio que recibí en México por mi libro *Estudios sobre el español del Caribe y su relación con las lenguas creoles*, un tratado filológico en el que, *grosso modo*, consigné el resultado de mis investigaciones de varios años, trabajo de campo e hipótesis sobre ese espinoso tema, un volumen de trescientas veintiséis páginas publicado el año anterior por la editorial de la Universidad Veracruzana, y luego, menos de siete meses después, llegó la buena noticia: un jurado me concedía el Premio Internacional Rubén Bonifaz Nuño en la categoría de ensayo, ciento cincuenta mil dólares, una cifra generosa que me llenó de asombro, pues además de sentirme halagado en un país extranjero —siempre es así y más aún con México— resultó ser la cantidad exacta que me faltaba para comprar la casa, la que después de toda una vida



de observación, visitas y cálculos, llegué a considerar con toda certeza mi lugar en el mundo: una construcción de ladrillo rojo y piedra de tres pisos con amplio antejardín, dos patios internos y garaje doble, donde podría instalarme ya para siempre con mi tía, ella en el ala derecha de la segunda planta, con tres habitaciones a su disposición y para sus enfermeras, y yo en la zona izquierda con otras dos muy grandes, una que podría destinar a biblioteca y estudio y la otra de dormitorio, un espacio silencioso y lleno de luz, ideal para continuar con mis investigaciones filológicas, pues, como podrán imaginar, tras el premio mexicano me sentí impulsado a acometer grandes proyectos, o al menos a terminar alguno de los muchos desarrollados de forma parcial a lo largo de los años, probablemente aquel que por ahora llamo *Sobre el uso histórico del diminutivo en Centroamérica y las zonas andinas*, un trabajo para el que me vengo preparando desde hace más de una década y que sólo los achaques de salud de mi tía y la falta de un espacio correcto han postergado miles de veces. Pero gracias al Premio Internacional Bonifaz Nuño, que retiré en la ciudad de Xalapa en forma de diploma y de cheque, ahora podía seguir adelante.



Por cierto que el clima algo lluvioso de Veracruz, excelente según me dijeron, pintaba difícil para la salud de mi anciana tía, pero el inmenso honor que se me confirió y el cambio de aires nos permitieron soportarlo todo sin mayores consecuencias, incluido el trasiego de aeropuertos y el viaje, que fue en clase ejecutiva, pues la generosidad mexicana para estas cosas, ya se sabe, es proverbial, y eso sin contar con que la Universidad Veracruzana puso a nuestra disposición dos enfermeras que se ocuparon de ella los tres días que duró la visita. Por eso pudo acompañarme no sólo a la entrega del premio, en el hemiciclo del aula magna de la universidad, junto a los galardonados de otras categorías, sino incluso al banquete ofrecido por el señor rector, don Raúl Arias Lovillo, y a un cóctel al día siguiente en los salones del Museo Antropológico, uno de los más bellos del mundo, con esas cabezas olmecas que nos miran desde siglos atrás con serenidad y, sin duda, gran sabiduría.

Mi tía, que siempre fue una devota de las revoluciones sociales, quedó feliz de poder volver a México, un país, según ella, donde el arte y la cultura sí son de verdad importantes.



—Y esto porque hizo una Revolución —solía decir—, la primera del siglo XX, que a pesar de los problemas y la corrupción que tuvo después les permitió inventar una sociedad nueva en América Latina, diseñada casi exclusivamente por intelectuales, y por eso es tan diferente de la nuestra, sobrino, que sigue siendo feudal y aristocrática, católica y oscurantista, como esas lúgubres obras del pobre Lorca, que menos mal no vino a refugiarse a Colombia porque seguro acá también lo habrían fusilado, y con más saña y con más odio, que es lo que sobra en nuestra presuntuosa aldea.

Me sentí muy bien en el viaje a Veracruz, donde pude conocer, entre otros, al gran escritor Sergio Pitol, quien fue extremadamente amable con mi tía, supongo que por tener ambos la misma edad y provenir de mundos parecidos, del servicio diplomático y el amor a las lenguas extranjeras pero también por haber vivido en países lejanos, a más de veinticuatro horas de avión y con urbanismos realmente contrarios, lo que dejó en los dos un clima espiritual de apertura, de escucha silenciosa y atenta que no es frecuente encontrar en personas que han vivido en el mismo lugar. Más adelante explicaré por qué conocer a Pitol supuso para mí no sólo un gran



honor, sino algo de absoluta e intensa relevancia por una cuestión personal.

Durante la estadía jalapeña volví a ver a mi viejo amigo y editor don Agustín del Moral, director de la editorial de la Universidad Veracruzana, quien me invitó a dar un paseo por su librería poniendo a disposición su fondo. “Elige los libros que quieras”, me dijo, así que al regresar a Bogotá llevaba, además del diploma y el cheque, una maleta extra llena de libros, unos cincuenta entre los que recibí de regalo en Xalapa, con reediciones de clásicos, ejemplares de la colección *Pitol Traductor* y otros de teoría filológica, más los que compré luego en el D. F. en las librerías de viejo de la mítica calle Donceles, que los lectores relacionamos con una de las más geniales novelas breves, *Aura*, de Carlos Fuentes.

Volvimos a Bogotá bastante serenos, decía, pues la verdad es que durante el viaje no hubo ni el más mínimo episodio de salud que mereciera ser registrado, y sólo al bajarnos del avión algunos nubarrones negros me atormentaron. Puede que tenga que ver con la altura o con la idea del regreso, no lo sé; como si esas nubes cargadas de oscuridad se metieran dentro de mí y envenenaran mi espíritu. Algo en Bogotá me produce ansia,



como de haber desatendido una obligación importante y ya no hubiera remedio. Pero es comprensible que intuiciones e imágenes sombrías me acechen en esta ciudad, como se verá, por cuenta de una vieja historia que marcó mi vida. Es justamente lo que deseo comprender y por supuesto interrogar en estas páginas. El resultado es agotador, créanme. Por suerte mi tía está siempre ahí, pues fue ella quien me sacó de ese letargo con una frase brutal, en su mejor estilo:

—No pongas esa cara de cordero degollado, sobrino. Te acaban de dar un premio en México, ¿qué más quieres?

Tras esta breve charla me concentré en las labores prácticas de la llegada al aeropuerto: la salida de las maletas, los dos carritos con sendos maleteros, y luego la fila hacia los taxis, yo empujando la silla de ruedas de mi tía.

En esas estaba cuando llegó a mi mente algo que me alejó por completo la angustia y fue el recuerdo de la casa de Chapinero, que ahora sí podía comprar gracias a la plata del Bonifaz Nuño. Por eso lo que más ansiaba era llegar a nuestro viejo apartamento, dejar a mi tía con las enfermeras e ir de inmediato a la inmobiliaria.



Fue exactamente lo que hice, algo nervioso, pues en mi ausencia habrían podido venderla, pero corrí con suerte y aún estaba disponible, lo que en el fondo era de esperarse, pues se trata de una casa que ya no corresponde a la vida de hoy. Ninguna familia convencional querría vivir en ella. Es demasiado grande y vieja, con pisos de madera que resuenan, una escalera algo fantasmal que hace ecos, una enorme cocina, un comedor para doce personas, sin hablar de las seis habitaciones del segundo piso, la despensa y el recibidor, en fin, una verdadera pieza de museo, una casa situada en otra época de la historia y que ya no corresponde a los tiempos actuales.

Un poco como nos pasa a mi tía y a mí.

Por eso era perfecta para nosotros, así que al dirigirme a la agencia inmobiliaria mi corazón comenzó a acelerarse. ¿Qué haría si la habían vendido? Mientras caminaba sentí que, más que una casa, ese espacio era nuestro último refugio. Sin ella quedaríamos desamparados, a merced de una realidad que a ambos desagradaba, que continuamente nos hería.



Todo eso pensé, acezante, pero al llegar a la oficina de Finca Raíz, sobre la carrera Séptima, la señorita que atendía —que me obligó a estar en vilo todavía unos minutos mientras cerraba una estúpida conversación telefónica, cruzando y descruzando las piernas de un modo exasperante y vulgar— me tranquilizó diciendo, no doctor, no se preocupe que la casa sigue en venta en los mismos términos, así que le dije, quiero comprarla ya mismo, le ruego que prepare los papeles, el certificado de tradición, los paz y salvos, y ella preguntó, ¿qué método de financiación piensa usar el doctor?, y yo le dije, ninguno, se la pago de contado, le puedo adelantar la mitad ahora, con la promesa de venta, y la otra mitad a la firma de la escritura, y ella dijo, claro que sí, doctor, venga entonces y vamos redactando los términos del documento, ¿me regala su cédula y su nombre completo?

Poco después, con todos los documentos firmados por triplicado y la cantidad transferida mediante cheque de gerencia, me pude concentrar en esa labor hercúlea y llena de tensiones que es el trasteo.

II. EL TRASTEIO

Diez días después de la compra hicimos la mudanza con la compañía especializada *Elorza Trasteos*, que con la opción “Superior plus” desarmó y puso en cajas prácticamente todo lo que teníamos en nuestro anterior apartamento, un tercer piso en la calle Sesenta con carrera Quinta, al frente de la mole del colegio La Salle, ese helado claustro que con su sola presencia, su “estar ahí” silencioso y oscuro, atormentó, y lo digo sin exagerar, cada una de mis noches, y me hizo comprender la maldad de ciertos edificios. Decía que, de este modo, la compañía cargó todo lo nuestro en tres camiones y volvió a armarlo allá, en la nueva casa, siguiendo como es lógico instrucciones precisas y metódicas.

El proceso de empaque debía durar tres días y el traslado uno, de siete de la mañana a seis de la tarde, a lo que seguía la organización, el acomodo y el montaje de las piezas armables. Como mínimo de jueves a domingo. Previendo eso reservé dos grandes habitaciones en el hotel Suites Jones —no lejos de ahí, diagonal al satánico restaurante Pozzetto— por una



semana, donde podríamos esperar con calma que *Elorza Trasteos* acabara su tarea. Mi tía dio algunas instrucciones para la colocación de sus cosas sobre un plano de la casa, pero prefirió quedarse en el hotel con las enfermeras y esperar ahí a que concluyeran, pues el trasiego de cajas y la presencia de pintores —olvidé decir que la mandé pintar, y al ser todo tan rápido ambas cosas acabaron sobreponiéndose, lo que generó verdaderos momentos de caos— podrían acabar por indisponerla y contaminar un momento tan importante como este, la llegada a la casa definitiva, a esa casa ya para siempre, así que se quedó en su suite jugando solitarios y leyéndole en voz alta a las enfermeras de un libro del poeta ruso Maiakovski, *Conversaciones con el inspector fiscal y otros poemas*, su autor preferido para los momentos de tensión, pues a pesar de que todo este proceso era muy favorable no dejaba de presentar ciertos riesgos, como todo lo que implica un cambio o el sencillo acto de sacar la vida íntima y ponerla en la calle, así sea para llevarla a otro lugar.

Se quedó también con su perra Marquesa, a la que mi tía llamaba también con el segundo nombre de Pasionaria. La verdad no sé muy bien



por qué, nunca me acabó de explicar —o yo de entender— el motivo de los dos nombres, tan diferentes en lo conceptual, pues “Marquesa” evoca el mundo nobiliar europeo, con su pompa y boato, su atmósfera elitista y alejada del pueblo, mientras que “Pasionaria” recordaba las reivindicaciones sociales, el marxismo, la lucha de clases y, en América Latina, incluso la resistencia armada y la subversión, cosas que mi tía siempre defendió con ardor, contra viento y marea, y esto a pesar de haber sido por épocas funcionaría pública de este país, que, ustedes lo saben mejor que yo, es una república claramente de derecha, con corporaciones e instituciones públicas de derecha y a veces algo sórdidas en las que, increíblemente —la verdad no sé cómo—, ella siempre logró destacar, ser respetada y sobre todo temida, que es el modo más eficaz de recibir respeto en países mediocres y crueles. Así, la vida de mi tía se caracterizó por lograr de otros cosas que, sospecho, nadie habría podido lograr con facilidad de nadie, fueran personas o animales.

De ahí que su perrita respondiera alegremente a la excentricidad de los dos nombres, e incluso llegué a pensar que entre las dos, ama y perra,



se había establecido un diálogo inaudible para mí en el que ambas sabían cuándo debía llamarse Marquesa y cuándo Pasionaria. La verdad es que se querían mucho. Mi tía la había recogido de la carretera por donde erraba sola, era uno de esos animales a los que la gente, con su crueldad habitual, abandona cuando se aburre, como si no se tratara de seres vivos. Entonces, un día en que volvíamos de una pequeña propiedad en Sasaima, una finquita de recreo en una vereda, cuando estábamos por llegar a la sabana, pasado el desvío a Albán, la vimos, un cachorrito vagando al borde de la carretera con un extraño modo de correr, dando brincos. Así que paramos, la recogimos y vimos horrorizados que no contentos con abandonarla le habían quebrado una pata para que la perrita no pudiera seguirlos y mucho menos volver hasta su casa, y entonces mi tía le dijo a nuestro chofer, Abundio, y se lo dijo con una voz cavernosa, la que salía de su boca cuando daba ciertas órdenes que en el fondo eran manifestaciones de repudio, de asco hacia la vida.

—Abra bien los ojos, Abundio —le dijo—, y si descubre el carro de los que dejaron tirada a esta perrita se les va de frente y los estrella con toda la fuerza que pueda, que yo me hago responsable.



—Como ordene, mi doctora —dijo Abundio, un boyacense muy teatral que conocía perfectamente a mi tía—, apenas los vea les entro con todo.

Esto a sabiendas de que era una orden imposible, aunque si por algún motivo Abundio hubiera detectado a los dueños del perro no lo habría dudado un segundo y la colisión habría sido brutal, pues en esa época aún teníamos el Studebecker Presidente, ese carro antiguo de latas duras que habría destruido cualquier automóvil moderno con sólo echarle el aliento.

Ya con la perrita en el carro, me sobrecogieron los chillidos del animal cada vez que mi tía intentaba comprender con sobijos en qué punto de la pata tenía quebrado el hueso, y, por supuesto, al llegar a Bogotá la llevamos a una clínica veterinaria donde se dio orden de que la curaran, alimentaran y bañaran, y así fue como Marquesa/Pasionaria entró a nuestra vida, una perrita de raza indetectable, gozque, mestiza y expósita, que parecía pedir perdón por existir y movía la cola por cualquier cosa, alegre y saltarina, comiendo galletas de la mano de su ama, que sentía en ese contacto una de las pocas cosas buenas y probablemente nobles que quedaban en el mundo.



Pero volvamos a la casa, donde el trasteo continuaba en medio de una frenética actividad.

Allí los pintores movían sus brochas y espátulas, deslizaban rodillos caminando sobre plásticos o subidos en escalas, y blanqueaban muros y techos con cal en medio de arrumes de cubetas y tarros de pintura. Simultáneamente, en cada cuarto, un grupo de trabajadores de *Elorza Trasteos* se daba mañías para abrir cajas y organizar enseres, utensilios de todo tipo, muebles de valor y adornos provenientes de mil lugares del mundo que debían tratarse con extremo cuidado. En mi estudio, dos jóvenes armados de sendos destornilladores montaban estanterías y uno más empezaba a organizar las más de cuatrocientas cajas de libros, todas con indicación de letra en secuencia alfabética, lo que debía permitirme reconstruir la biblioteca en orden, pues durante años lo que tuve fue una especie de alocada bodega de ejemplares dispersos, ni siquiera agrupados por autor, con el único resultado de que cada vez que quería o necesitaba uno en particular acababa leyendo otras cosas, ojeando libros que no recordaba o que hacía tiempo no tenía entre manos. Es agradable dejarse atrapar por la biblioteca, pero



a la larga resulta poco útil, sobre todo cuando uno está comprometido en trabajos de largo aliento, como es mi caso con demasiada frecuencia.

Dos días después la casa estuvo lista y mi tía pudo venir a instalarse.

—Es perfecta —dijo sonriendo, girando su cabeza para mirarla toda, tocándola con sus finos dedos, oliéndola—. ¡Una de esas casas de antes!

Y al decir esto, puede que estimulada por la palabra “antes”, entró en una suerte de trance que yo prefería llamar “pensamiento profundo”, con la cabeza recostada hacia atrás y los ojos levemente cerrados. Mi tía tenía esas transitorias desconexiones. De pronto su mente era un tubo de luz que la proyectaba hacia algún lugar del pasado, y al verla sumergirse en eso yo sentía una gran envidia. ¡Cuánto no habría dado yo por contemplar esas mismas ensoñaciones! A veces me las contaba. En alguna parte leí que este tipo de onirismo bordea la esquizofrenia, pero no era su caso. Ella podía ver la realidad desde otras épocas del pasado. Era uno de sus muchos y grandes talentos.

Cuando los de *Elorza Trasteos* se fueron mis veintisiete mil libros estaban organizados en riguroso orden alfabético en estanterías ajustables de madera de roble que, aparte de cubrir los muros del cuarto donde instalé



la biblioteca y los de mi dormitorio, avanzaban por las paredes del hall y continuaban en el primer piso, en el salón principal y el segundo salón, que en la práctica iban a ser extensiones de mi biblioteca ya que hacía por lo menos cinco años que ni mi tía ni yo recibíamos visitas, como no fueran profesionales o médicas, y mucho menos organizábamos algún tipo de evento social, todo eso que ella, al alejarse de la vida pública, aborreció de un modo tan intenso que me hizo pensar que lo había odiado siempre, y que si lo hizo en sus épocas de gran influencia, en Colombia o en el exterior, fue sólo por compromisos ligados a sus diferentes cargos, todos relacionados con la acción jurídica internacional en el marco de Naciones Unidas y, en un par de casos puntuales, con la cancillería colombiana.

Llegué a pensar incluso que toda esa gente que ella trató con una cordialidad educada y distante, los mismos que la agasajaron de ese modo zalamero tan típico de este país, eran personas que en el fondo despreciaba, funcionarios que para ella debían ser como insectos moviendo sus antenas para vadear el torrente y medrar en la fetidez en la que están acostumbrados a vivir. Muchas veces, luego de que alguno la abrazara y levantara su copa para brindar en su



honor, ella me decía haciéndose a un lado, “este lleva ya tres cartas al ministro intentando comprometerme en escándalos”, o, “desde hace dos años intenta serruchar me el piso con campañas de desprestigio para ocupar mi cargo”, pero mi tía siempre lograba salir a flote, victoriosa, y lo expresaba con una frase que provenía del mundo militar: “Estoy fuera de su radio de tiro”, y así ella seguía siempre adelante incluso cuando las cosas debían serle naturalmente adversas, como en las dos presidencias del siniestro Dr. Uribe, el periodo más turbio de nuestra historia reciente. Pero incluso ahí ella se mantuvo, y solía decir:

—¡Que ni se le ocurra a ese doctorcito pendejo, jefe del paramilitarismo, conspirar contra mí o tocar mis intereses!

Luego indicaba con el pulgar hacia abajo, cual romano emperador, y decía con desprecio:

—Gente grosera y vulgar.

Diferentes, según ella, a las personas de derecha que frecuentó en los inicios de su carrera, allá por los años sesenta, que por más que fueran ideológicamente contrarios tenían una cierta honorabilidad, algo que, a pesar de sus permanentes críticas al mundo capitalino, relacionó siempre con el barrio.





DE *VOLVER AL OSCURO VALLE*

(FRAGMENTO INICIAL)

I

Eran aún los años difíciles. Estaba muy cansado y quería escribir un libro que hablara de personas alegres, silenciosas y activas. Esa era mi intención. Había pasado un tiempo en la India, cerca de dos años, pero a mi regreso a Italia encontré que todo había cambiado. Ahora lo más común era la melancolía. Un inesperado nubarrón flotaba sobre el cielo de Europa y ya nada era como antes. De las puertas de los viejos edificios romanos colgaban avisos de “Se vende” superpuestos, especie de *collage* que escenificaba la angustia de los propietarios por irse o al menos resistir el golpe. Las vías y corsos de la ciudad hervían de gente que escondía los ojos o se miraba con expresión culpable.

Estar por ahí, al acecho y sin tarea precisa en un día laboral, no era la mejor carta de presentación. Tampoco demostraba una gran utilidad social. Mucho menos si uno pasaba las horas sentado en cualquier cafetería



de esquina observando el devenir de la ciudad y tomando breves notas, trazando garabatos sin orden o dibujando hombrecillos que escalan montañas. Por eso convenía cambiar de lugar con frecuencia, para no llamar la atención y, de inmediato, ser clasificado en la categoría de vago o escoria. Ante la crisis, la gente se obsesiona con la respetabilidad.

Es comprensible. Cuando una muchedumbre busca trabajo sin la menor esperanza, cuando las empresas reducen personal y los almacenes de moda anuncian saldos fuera de temporada, lo mejor es convertirse en el hombre sin rostro. Ser el hombre invisible o de la multitud.

Yo era ese hombre. Siempre observando, atento a la menor vibración y tal vez a la espera de algo, con un té o café en la mano, dejándome arrastrar por la frenética actividad de los transeúntes, ese modo en que la humanidad activa va y viene llenando plazas y avenidas, como un banco de peces empujado por la marea. Un movimiento que permite a las ciudades seguir vivas y producir riqueza. Ser urbes sanas y respetables.

Urbes ejemplares.



Esta historia comienza el día en que mi apacible vida de observador se vio sacudida por un pequeño sismo. Fue algo muy sencillo. Estaba sentado en una terraza del Corso Trieste viendo pasar el flujo de paseantes y peatones hacia el barrio africano cuando mi teléfono vibró en la mesa.

Nuevo mensaje, me dije. Un correo electrónico.

“Vaya por favor a Madrid, cónsul, al Hotel de las Letras. Alójese en la habitación 711 y espéreme. Me comunicaré con usted. Juana”.

Eso decía el mensaje, ni una palabra más. Lo suficiente para desatar en mi interior una modesta tormenta, un derrumbe de galerías. Juana. Ese conjunto preciso de letras aparentemente inofensivas que ocuparon mi vida por un tiempo breve. La boca se va abriendo al pronunciar su nombre. De todo aquello hacía ya varios años.

Miré el reloj, eran las once de la mañana. Volví a leer el mensaje y sentí un desgarró aún mayor, como si una corriente de aire o un tornado me levantaran de la silla, por encima de la avenida y sus altos pinos. Debía darme prisa. Correr.

“Estaré allá hoy mismo, espero indicaciones”, contesté de inmediato, mientras urgía al mesero con la cuenta.





Poco después yo también estaba en movimiento, enérgico y activo, en dirección al aeropuerto.

II

Lloviznaba, hacía calor. Sentado en un taxi romano vi pasar la vía Nomentana hacia la estación de Termini, luego la Merulana y, al final, la Cristoforo Colombo. El camino más largo y tal vez el más bello al aeropuerto.

Arrivederci Roma, pensé —recordando una vieja canción— al ver la amada ciudad. Algo me decía que iba a pasar tiempo antes de volver, pues el nombre de Juana, su increíble evocación, irrumpía de forma cada vez más nítida y salvaje.

Habrán pasado... ¿siete años? Sí, siete desde que la conocí, cuando era cónsul en India y debí ocuparme del caso de su hermano, detenido en Bangkok. En todo este tiempo no volví a saber de ella ni de su hijo, a pesar de haber enviado oficios a consulados de muchos países, los cuales pidieron información a autoridades migratorias de aquí y de allá.



“Juana Manrique. Pas d’information liée a ce nom”

Eso respondió desde París la Oficina de Migración del Ministerio des Affaires Étrangères de Francia, último lugar desde el que Juana se comunicó conmigo. Lo mismo respondieron de otra veintena de cancillerías.

Fue un misterio: una mujer y un niño dispersos en el aire congestionado del mundo. Una enfermedad más de nuestro vertiginoso presente. No pude comprenderla en los pocos días en que conviví con ella, en Delhi, y tal vez por eso en todos estos años su imagen volvió con frecuencia, siempre en forma de pregunta: ¿de qué extrañas cosas huía con tanta obstinación? Cuando acabé la misión de cónsul regresé de Asia a mi vida anterior, la del que escribe y lee y vigila. La misma que ahora estaba a punto de abandonar por un escueto mensaje suyo.

El taxi se abrió paso en medio de los atascos de la zona del EUR hasta la autopista a Fiumicino. Ahora yo también me iba, como esa multitud acezante que tanto observé y siempre creí lejana a mi vida.

Roma luchaba con ánimo por seguir siendo una urbe enérgica y activa, pero la batalla no era fácil. Un extraño indicador económico llamado



spread, que no debía sobrepasar la cifra de 300, andaba rondando los 500. Grecia y España ya habían reventado ese límite y estaban cerca de la ruina. Los noticieros italianos abrían sus ediciones con la cifra diaria del *spread* resaltada en pantalla y se mencionaba con angustia su aumento: “¡470!”, “¡478!”. La gente, aterrorizada, alzaba las manos y exclamaba: “¡Qué será de nosotros!”, “¿Llegaremos a 500?”. Por los cafés corrían las hipótesis más descabelladas. Se decía que la mafia quería quebrar al país para sacarlo de la zona euro y seguir explotándolo lejos del control de Bruselas.

El diario *La Repubblica* registró el suicidio de cincuenta y dos empresarios en menos de un año. Los bancos italianos, dando ejemplo de solidaridad y humanismo, prefirieron capitalizar su dinero en fondos europeos a plazo fijo en lugar de prestarlo a sus clientes de siempre, impidiéndoles trabajar. Y la mediana empresa necesita del crédito como las plantas de la luz.

Pero la crisis mundial llegó primero de forma simbólica, con un estrepitoso naufragio a sólo cien metros de la costa toscana, frente a la isla del Giglio. Una representación de lo que estaba por sucederle a todo el país, como el augurio de antiguos oráculos, cuya voz parecía decir:



“Algo grave se avecina. Corred a vuestras casas”.

¿Qué fue lo que pasó? El comandante de un crucero de lujo de la compañía Costa Crociere, un pobre hombre llamado Francesco Schettino, pensó en hacerle un saludo marinero a la isla del Giglio, algo que en Italia se llama “l’inchino” —costumbre de capitanes que consiste en pasar muy cerca de un puerto haciendo sonar la sirena—, pero se acercó demasiado y chocó contra un arrecife. Era el barco más grande de la compañía, con mil quinientas cabinas dobles, cinco piscinas, casino, discotecas y restaurantes, un teatro de tres pisos y seis mil metros cuadrados de gimnasios y spa.

¡Como dirigir un hotel de cinco estrellas, a toda velocidad, contra una montaña de piedras!

El barco, averiado y haciendo agua, se mantuvo a flote por tres horas antes de reclinarse hacia un lado y quedar semihundido. Murieron treinta y dos pasajeros, atrapados en los ascensores y en sus propios camarotes. Tres de los cadáveres sólo pudieron ser rescatados un año después, cuando sacaron del agua la carcasa oxidada de la nave. El comandante Schettino, que según testigos estaba ebrio, fue el primero en abandonar el barco.



Los italianos siguieron el naufragio en directo, conteniendo la respiración, y de nuevo la voz del oráculo resonó por los aires:

“¡Oh, Parca funesta en infortunios! ¡Oh, casa en desastres fecunda!”.

Como un avión que incrusta el pico en un rascacielos, poco después llegó la crisis. Una violenta tempestad económica golpeó la frágil península y la dejó a la deriva, con medio cuerpo hundido en el agua. ¿Qué hacer? Algunos se lanzaron al mar e intentaron nadar a otras costas, pero ¿adonde? Los jóvenes italianos, la mayoría sin empleo, no lo dudaron ni un segundo. Empacaron sus bártulos y salieron hacia el norte a trabajar de lavaplatos y meseros en Alemania, Noruega, Holanda o Suiza.

Escapar al norte, siempre al norte.

Allá los esperaban sistemas sociales de protección y el Estado de bienestar con generosos subsidios, ¡al fin y al cabo eran comunitarios!, ¡hijos de la misma Europa! Los contribuyentes de esos países generosos, hiperactivos y responsables, se apretaron un poco la barbilla y miraron con recelo esta inesperada migración blanca. Muy pronto, sin grandes



aspavientos, pidieron que se restringiera un poco la entrada a los primos pobres del sur, o al menos que se mirara dentro de sus billeteras.

Pero si la juventud de Italia escapaba del naufragio yendo a lavar platos a Berlín o Copenhague, ¿qué debía hacer esa otra servidumbre humana que vino de más lejos a lavar los de ellos? Decenas de miles de peruanos, filipinos, bangladesíes, colombianos o ecuatorianos, ¿a dónde ir? Demasiadas manos queriendo agarrar un estropajo o una escoba y cada vez menos horas de trabajo en las residencias romanas o las *trattorias* del Trastevere. Algunos emprendieron el peregrinaje al norte, detrás de sus antiguos patrones, pero llegaron allá sin subsidios ni ayudas. Eran la clase más baja de la inmigración trabajadora. Algunos habían venido a Italia huyendo de la quiebra de España, que fue primero. Los jóvenes tenían tiempo y ánimo, podían aguantar un poco más, pero los que estaban ahí desde mediados de los noventa o antes ya no tenían fuerzas.

—Es hora de volver —dijeron.

Y empezó el largo regreso: reencuentros, desilusión, retorno sin gloria a sus patrias con las manos vacías.



¡Arrivederci Roma!

Mi taxi continuó en medio de la lluvia mientras yo registraba, como si fuera la última vez, los campos que rodean la autopista, inmensos galpones con supermercados de descuento y parques industriales. Noté en la atmósfera una extraña sensación de despedida o derrota, pero yo sólo estaba ansioso.

Al llegar al aeropuerto debí abrirme paso entre una ruidosa multitud. ¡Cuánta gente se iba! Hasta el momento yo había preferido quedarme, pues en mi caso emigrar a otro país no habría supuesto el menor cambio. No sé si ya dije que soy escritor, y es bueno escribir en medio de la tormenta, aunque no suene muy amable con el país en que vivo. Puede ser incluso inmoral y canalla, pero es verdadero. La literatura se escribe también cuando la sangre corre por las calles, cuando el último héroe está a punto de caer troceado por una ráfaga o un niño estrella su cabecita contra el asfalto. Lo que es bueno para la escritura no siempre le sirve a la población inerte que está alrededor. Eso fue al menos lo que pensé, sin saber lo que iba a pasar luego. Por eso en mis cuadernos más recientes no escribía de



fugitivos o naufragios, sino sobre otro tiempo no muy lejano. Un texto-viaje por la vida de uno de los más grandes prófugos de Occidente y de Oriente. La vida del poeta Arthur Rimbaud, mi compañía más constante en todos estos años de viajes entre Asia y Europa. Todo lo demás había quedado en el pasado, referido a otras épocas de mi vida. Pero fue Juana, desde ese mismo inquietante lugar en la memoria, quien vino a romper ese precario equilibrio. Fue su voz la que me hizo salir precipitadamente de Roma hacia algo nuevo que, intuí, podría ser visto incluso como un lento retorno.







Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Cristina Martínez José**
Dirección de Literatura UNAM

Diseño: **Vicente Rojo Cama**
Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**



Santiago Gamboa. *Antología personal* (Fragmentos) *El síndrome de Ulises, Una casa en Bogotá y Volver al oscuro valle*, de la serie *Voz Viva de América Latina* (VVAL - 45)

de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 20 de septiembre de 2017, en Offset Santiago, S.A. de C.V.,

Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, y se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205,

Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México,

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.